

Mariano Carou

EL MATE, O LA COTIDIANEIDAD
DE CHARIS Y KAIRÓS EN LA AMÉRICA PROFUNDA

Abstract

“Mate,” a Guarani beverage very popular in Argentina, Uruguay, Paraguay, and southern Brazil, is much more than a simple infusion: it makes social bonds stronger, it becomes a symbol of community identity, and it works as a metaphor for divine love, or what we can call “grace.” This is because of its resistance, its capacity to build bridges; it feeds, it is lived with intimacy – people share the pipe that is used to drink it – and it also makes fraternity possible. Furthermore, no one can be excluded when one drinks mate, and the rituals associated to it transform every moment of sharing into a “kairós” that can be renewed daily.

«Yo creo que la misión de esos que llamamos intelectuales, por oposición a manuales, parece ser, si alguna misión tenemos, la de saber escuchar las mejores voces de la realidad para ser capaces de transmitir las, multiplicándolas».
(Eduardo Galeano)

Nuestra vida cotidiana está plagada de momentos, experiencias y símbolos que pueden ser leídos como evidencias de *charis* y *kairós*. Momentos compartidos con otros, experiencias que nos enriquecen, y símbolos que hacen que la fragmentación en la que estamos sumergidos sea menos lacerante. En varios países de Sudamérica, cuando las personas quieren sentarse simplemente a compartir lo que les pasa, se valen de una mediación que tiene mucho de *gracia*, tanto en lo estético como en lo teológico. En los países de la cuenca del Plata (Argentina, Uruguay, sur de Brasil, Paraguay), es común sentarse a beber una infusión llamada “mate”, de características bastante peculiares que analizaremos a continuación.

Es precisamente de este símbolo de lo que vamos a hablar; no sólo por lo que representan a nivel social, sino porque remite a una realidad trascendente, mucho más profunda que la simple ingestión de una bebida. Tan profunda es esta dimensión que este símbolo puede incluso servir como metáfora de lo divino. O bien, si se lo ve desde un plano inmanente y no trascendente, de las realidades humanas más profundas y de la forma en que nos aproximamos a ellas.

Si el evangelista Juan hubiera vivido por estas tierras, es más que probable que habría añadido a su catálogo de símbolos un “Yo soy el mate”. Decimos esto porque está por demás difundido en la vida común – lo cual incluye la dimensión trascendente – de millones de personas de varios países sudamericanos. Su importancia cotidiana va a la par de su altísimo poder simbólico, y es por eso que nos decidimos a tomarlos en cuenta para nuestro análisis, haciendo caso omiso al prejuicio posible de quienes pudieran considerarlo excesivamente popular. Seguimos en esto a Scannone (1990), para quien la filosofía «puede y debe» integrar conceptualmente este modo de saber popular genuinamente latinoamericano, fundamentalmente a través de los símbolos, ya que son ellos – y sus discursos ancestrales adjuntos – quienes «articulan en lenguaje humano total ese pensar sapiencial y práxico, cuyo sujeto es comunitario: el pueblo» (p. 18).

El mate es metáfora de las vivencias humanas, que cuando son vividas plenamente son también sagradas, si entendemos lo religioso como la considera Pannikar, es decir, como experiencia humana total. La gracia como amor gratuito, elegante, “porque sí”, tiene en esta bebida un modo simbólico de expresarse muy particular: no es estrictamente necesaria en la vida de nadie, pero para quien la ha incorporado a su vida se vuelve, por esta misma gratuidad, en algo imprescindible. Y esto es así porque está presente en todos los *καίρῳ* de nuestros pueblos. Su modo de estar presente, por cierto, es de lo más primitivo: intervienen los cinco sentidos, incluyendo el gusto y el olfato, tan poco apreciados en los ámbitos académicos. Es un símbolo pleno, en su acepción etimológica – la de *σύμβολον*, que nos remite a “unir, juntar”. Nos detendremos en el mate como experiencia y hierofanía o, si se prefiere, como símbolo mediador de una vivencia trascendente (*Erlebnis*).

1. *El mate como hierofanía*

Para cualquier criollo más o menos avezado, sea que tome mate o que por motivos particulares no pueda o quiera hacerlo, hay una realidad que se impone con la evidencia de un axioma: tomar mate no es la simple ingesta de una infusión, sino que reviste todas las características de un rito. Por sus condiciones intrínsecas y por la liturgia asociada a su consumo – lo que habitualmente llamamos una “ronda”–, el mate revela muchos rasgos que lo asocian a una hierofanía, es decir, a una manifestación de lo divino. Veamos por qué.

Eliade (1981), al proponer el término “hierofanía”, sostiene que este vocablo

«no expresa más que lo que está implícito en su contenido etimológico, es decir, que *algo sagrado se nos muestra* [...] De la hierofanía más elemental (por ejemplo, la manifestación de lo sagrado en un objeto cualquiera, una piedra o un árbol) hasta la hierofanía suprema, que es, para un cristiano, la encarnación de Dios en Jesucristo, no existe solución de continuidad. Se trata siempre del mismo acto misterioso: la manifestación de algo “completamente diferente”, de una realidad que no pertenece a nuestro mundo, en objetos que forman parte integrante de nuestro mundo “natural”, “profano”» (p.10).

En la hierofanía, por otra parte, no estamos ante una manifestación plena: hay algo que siempre se nos escapa, que permanece como Absolutamente Otro, como *tremendum et fascinans*, pero que a la vez percibimos solo en tanto que huella. Un Dios que se deja ver únicamente de espaldas, pues ningún mortal puede contemplar su rostro y quedar con vida (cf. *Ex.* 33,18-23). Este es uno de los motivos por los que creemos que vale atribuir a cualquier elemento ordinario – por ejemplo el mate – el estatus de hierofanía, en tanto y en cuanto este objeto sea mediador sensible de una experiencia de lo numinoso.

Si nos detenemos a pensar y afinamos un poco la mirada, desde el punto de vista religioso podemos observar en el mate algunas características que bien pueden atribuirse al Dios del judeocristianismo. Se lo entienda como se lo entienda, si lo Absoluto, lo divino, lo Otro, tiene un *modus operandi* en la tradición monoteísta es, sin lugar a dudas, el amor. Es su rasgo esencial. Lo dice Jesús a lo largo de los cuatro evangelios, y lo resume Juan en su primera carta (cf. *1Jn.* 4,8). Incluso lo reafirma la Iglesia, tanto en los primeros siglos – para Isaac de Nínive (siglo VII), «Dios no puede sino dar su amor» –, como la de los últimos años – desde el magisterio, la encíclica *Deus caritas est*, de Benedicto XVI (2005). Sobran las referencias bíblicas vétero y neotestamentarias al respecto.

Como decíamos, para los creyentes de este rincón de sur que nos toca habitar, no parece demasiado descabellado colegir que el mate se parece bastante a la vivencia – traducida luego en imágenes mentales – que siempre se tuvo acerca de Dios, es decir, del Amor. Este amor, recordemos, que se revela como Gracia. Bien podemos hablar de un Dios-Mate, o de un Amor-Mate, por las siguientes razones:

- para quien lo vive como hábito, el mate es algo tan necesario, ineludible y vital como lo es el amor;

- sea que el matero¹ lo prefiera dulce o amargo, lo importante es que la yerba aguante, que el agua esté caliente en su justa medida – que no queme, que no se pase, que no esté insoportablemente tibia;

- el mate debe resistir largas noches de estudio, de vela, tardes en las que no hay otro pretexto para reunirse, cuidando de que nadie quede excluido;

- cuando se bebe mate, hay que volcar la mirada hacia adentro, para volver a dirigirla luego al cebador² y al resto de la ronda, los compañeros de mateada³ que, a su turno, van a ir recibiendo también el “oro verde” en unión fraterna;

- el mate, de cuyo bautismo en la biografía personal no solemos guardar memoria, se pone en práctica a través de una liturgia cuyos ritos y valoración se transmiten de padres a hijos, de amigos a amigos, de hermanos a hermanos;

- no se puede beber mate con aquel de quien se está distanciado, por lo cual acercar un mate equivale a hacer las paces, o al menos a una tregua. Porque el mate no contamina y no excluye;

- un buen mate debe ser espumoso, pero de espuma consistente, que sea signo de sabor; debe ser perfumado, sin que eso indique el vano recurso a sustancias artificiales;

¹ Matero: persona que toma mate habitualmente.

² Cebador: persona que ceba mate. Se habla de “cebar” (alimentar), y no “servir”.

³ Acción de tomar mate en grupo.

- debe ser tomado en un recipiente vegetal, como la calabaza – o en su defecto madera de palosanto o algarrobo –, porque solo un mate poroso se deja impregnar por la memoria de las mateadas compartidas.

En primer lugar, no olvidemos que la palabra “mate” (del quechua *mati*, “calabacita”) remite tanto a la bebida como al recipiente que se utiliza para beberla. En tanto que muchas veces la experiencia de Dios es vista como un “ser-visitado”, o un “llenarse-de”, creemos que la analogía también sirve en este caso: el recipiente (el ser religado) se deja llenar por el contenido (el dios religante). La vida espiritual, por otra parte, se suele plantear en términos de sequedad o de oración-consolación. El salmo 41 compara al creyente con una cierva sedienta que busca corrientes de agua, y Juan de la Cruz, en el *Cántico espiritual*, habla de Dios como «cristalina fuente» (v. 51), y como Aquel que calma la sed (vv. 81ss.). Teresa de Jesús, por su parte, es frecuente en la utilización de imágenes de don y llenado (p. ej., el «Vuestra soy»). Por eso primero hablaremos de Dios bajo la imagen del mate como líquido, y luego del creyente como quien se deja llenar (el mate como recipiente).

2. Un Amor-Mate necesario e ineludible

Todos los seres humanos necesitamos sentirnos amados, valorados y pertenecidos. Nadie se escapa a esta realidad. Se ha comprobado científicamente que sin el amor que supone el contacto humano un bebé ni siquiera sobrevive los primeros días de vida. Necesitamos amar y ser amados. Necesitamos que, como sostiene Marcel (1959), alguien al amarnos nos diga “no morirás”, porque la gracia del amor nos afirma en la existencia⁴, y nuestra propia vida y nuestra propia presencia dependen del amor.

Varias líneas se abren en estas primeras pinceladas acerca del mate, el amor y la necesidad. En primer lugar, cualquier matero conoce la experiencia de “andar necesitando unos mates”, o de “qué bien vendrían unos mates ahora”. Hay quienes refieren que hasta el propio Darwin, viajando por la Patagonia, no podía dormirse si no era tomando unos buenos mates calientes. Es tal el valor confortador que tiene la bebida que nos ocupa, que de hecho, cuenta la leyenda que el mate fue la recompensa con que un *Tupá membuy* – un enviado de Tupá, el dios creador entre los guaraníes – premió a una joven y un anciano, Caá-Yarí y Caá-Yará, por haberlo recibido muy hospitalariamente. No sólo les regaló la planta, sino que les enseñó cómo sacar provecho de ella, para que siempre pudieran tener algo con lo cual agasajar a sus huéspedes. Así se convirtieron en semidioses, guardianes de la planta.

El origen de la yerba se presenta aquí, entonces, en primer lugar como premio a la *charis* demostrada por los protagonistas. Pero hay más: la yerba viene a cubrir una necesidad – la de tener siempre algo con qué confortar a un peregrino, con todo lo que implica el peregrinar como metáfora de la vida –, y su instauración remite a dos virtudes esenciales: la acogida y la solidaridad. Por otra parte, es una invitación a que esta hospitalidad se multiplique. No queda en el plano meramente personal – agradecimiento

⁴ La cita completa dice: «Aimer quelqu'un, c'est lui dire: "Toi, tu ne mourras pas"» («Amar a alguien es decirle “No morirás”») (Marcel 1959, p. 184).

por el favor puntual recibido –, sino que hace de este hecho manantial de generosidad y fraternidad, al destinar el regalo a la profundización de los lazos sociales.

Otra versión cuenta que un *Tupá membuy* fue enviado a la tierra para ayudar a los hombres y se encontró con una mujer muy triste. Para que se alegrara le hizo brotar una planta de yerba mate sobre los hombros. Ella, al ver cómo los demás conversaban y se reían al beber el mate que crecía en su espalda, también se alegró. Aparece aquí entonces, ya *in illo tempore*, el mate vinculado a la alegría, la charla amena, la amistad, o sea, a expresiones preñadas de *charis* y *kairós*. No olvidemos que la palabra “*cháris*” está relacionada con el verbo “*cháirō*”, alegrarse.

3. *Un Amor-Mate que sintetiza lo amargo y lo dulce, lo caliente y lo frío*

Ese Amor se expresa como mate no solo por su condición de necesario sino también por ser una inefable síntesis entre lo dulce y lo amargo, en la resistencia de una yerba que debe durar, que debe buscar el equilibrio entre lo frío y lo caliente, sin lastimar. De la misma forma en que en nuestras coordenadas vitales se entrelazan los momentos de luz y de penumbra, de gozo y de tristeza, de vida y de muerte.

Sin embargo, caminamos entre escollos y abismos, entre Escila y Caribdis, y constatamos a diario que lo amargo en extremo o lo edulcorado suelen imponerse; que el exceso está a la orden del día; que lo muy caliente (la “sangre caliente”, la “gente caliente”, etc.) es atractivo y seductor, mientras que lo extremadamente frío (la tecnocracia, el capitalismo salvaje, la falta de compasión, etc.) tiene éxito y genera provecho material. Que no tiene sentido aguantar (permanecer, diría Juan, cf. *Jn.* 15,9-11), porque vivimos en una cultura de lo descartable y de lo inmanente.

Cuando un grupo de personas toma mate, están siempre quienes prefieren el mate amargo, o dulce, más caliente, o más frío. Sin embargo, esto no da origen a controversias sino más bien a un compromiso entre los participantes de la ronda, donde se intenta conciliar las posturas y no anular las diferencias, sino más bien sintetizarlas para que nadie quede excluido. Esto resulta especialmente sintomático en un continente como América, marcado por los binomios y las antítesis, tanto en la praxis política como en la interpretación de la Historia. Ya en la cosmovisión de los pueblos andinos, desde tiempos inmemoriales, todo se presentaba de a pares: día y noche, arriba y abajo, varón y mujer, sol y luna, orden de los dioses y caos. De hecho, entre los grupos étnicos que formaban el Tawantisuyu había una divinidad, Tunupa, que tenía como fin restablecer el equilibrio cada vez que uno de los extremos se imponía⁵. Este equilibrio – “*missa*”, en quechua – se expresaba (y se expresa aún hoy) a través del símbolo de la cruz andina.

Comprender el amor (incluso el amor de Dios) como mate implica comprometerse con la búsqueda del equilibrio entre lo dulce y lo amargo, entre lo frío y lo caliente, con la aceptación de la adversidad que va paralela a la búsqueda de la justicia, y con la permanencia que da frutos.

⁵ R. Kusch hace un análisis de este fenómeno en un apartado de *América profunda* intitulado *El equilibrio*, en R. KUSCH, *Obras completas*, Editorial Fundación Ross, Rosario 2000, vol. II, p. 48.

4. *Un Amor-Mate que no se rinde, que siempre alcanza,
que hace mirar para adentro y va en ronda, siguiendo el curso de la vida*

Siguiendo con nuestra analogía, cualquier cebador sabe que la yerba no dura para siempre, sino que “se lava”, es decir, pierde sabor y fuerza. Para que el mate no acabe es necesario recurrir a un procedimiento que se llama “bostear” (tirar algo de yerba) y “ensillar” (completar lo descartado con yerba nueva). De esa manera, por muy amenazante que resulte la posibilidad de que se corte la ronda de mate, se puede renovar una y otra vez, cosa que un buen cebador jamás dejará de hacer mientras tenga con quién compartir.

Por otra parte, hay algo que surge de la simple observación: es un hecho que quien toma mate vuelve la cabeza hacia abajo y hacia adentro. Jamás con la cabeza en alto, o mirando hacia todos lados. Es necesario volverse hacia el interior de uno mismo. Es más: cuando se toma mate acompañado, se recibe el mate volviéndose hacia quien lo ceba, se lo bebe vuelto hacia uno mismo y se vuelve a dirigir la mirada hacia el otro. Esto que puede ser una simple coincidencia gestual se torna significativa en una doble dinámica: la de soledad-comunidad. El mate invita, entonces, a una religación interior, al punto tal que hace decir a Villanueva (1978), la máxima autoridad en lo que a mates se refiere:

«Con respecto al mate amargo cabe anotar otro hecho muy significativo: no sólo es mate de hombres, sino mate para beber solo, pues connaturaliza la meditación, íntimamente. Hay todo un rumbo temperamental, por lo común, en la preferencia del amargo: es un mate de alma, compañero de la reflexión. La expresión desparramar la yerba, clásica entre cimarroneros, debe interpretarse así: desparramar las ideas, preocupaciones o sentimientos que se fueron juntando en lo íntimo del yerbeador, mientras sorbía y paladeaba silenciosamente la infusión. Con esto quedamos en presencia del matero individual, solitario, que ceba el mate para sí mismo, sin otro ritmo que el de su estado anímico, sin más distancias que las recogidas en su espíritu» (p. 164).

Es que en el mate se evidencia aquello de lo que hablaba Quiles (1983), cuando afirmaba que si bien el hombre debe salir de sí, donde se descubre arrojado en el mundo, eso no quiere decir que sea un ec-sistente: «su esencia solo se cumple cuando entra dentro de sí mismo, se recupera o toma posesión de su yo, por una interiorización, por *intus-sistere* o *in-sistere* en sí mismo» (p. 39).

En ese salir y volver, en ese *exitus* y *reditus* de su propia vida – desde sí y hacia sí, y desde Dios y hacia Dios –, el orden que se sigue no es aleatorio: cuando se ceba en grupo, el mate debe seguir una ronda que va acorde al sentido de las agujas del reloj, es decir, el orden de la vida y de sus ciclos. La dinámica de soledad-comunidad presente en toda vida teñida por lo religioso no puede desconocer el curso vital, porque se nutre de y nutre a la vida. Quien vive solo para afuera no puede comunicarse desde su centro, y por lo tanto excluye a quienes no comprende, ya que su vanidad lo hace juzgar las apariencias. Esto es impensable en un Dios que no hace acepción de personas (cf. *Hcb.* 10,34; *Job.* 34,19; *Dt.* 10,17), y tiene un correlato con lo que ocurre en una ronda de mate, donde excluir a alguien es siempre visto como una ofensa que, además, mueve al reclamo inmediato por parte del damnificado. Ni siquiera la enfermedad es motivo para

negar un mate; en todo caso, el enfermo suele pedir que no se le convide, lo cual en muchas ocasiones es ignorado por el cebador.

5. *Calabacitas hermenéuticas*

Es sabido que los mejores mates son los de calabaza. Luego siguen los de madera, y finalmente el resto, en dulce montón, sin importar de qué material sean. Hay, sin embargo, algo fundamental a tener en cuenta: si el mate no es vegetal y poroso, la bebida pierde en sabor y la mística se disuelve. Un mate de calabaza nos viene de la tierra, es decir, de nuestra madre, nuestra Pachamama, y de allí nos viene el secreto para hacernos maleables como ella. Porque el de calabaza es un mate que “se deja hacer”: se deja formar por la sabiduría de la naturaleza, se deja madurar por el sol, se deja vaciar por el artesano, para dar vida y calor. Esa es su razón de ser. Despojarse de sí mismo, no vivir para sí (cf. *Rom.* 14,8), sino perder la vida para hallarla (cf. *Mt.* 10,39). Como hizo Jesús, que «siendo de condición divina [...] se despojó de sí mismo y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres» (cf. *Flp.* 2,6ss). Este proceso de vaciamiento – *κένωσις*, *kénosis* –, es clave. Sin *kénosis* no hay encarnación, y sin encarnación no hay redención, porque no habría tampoco ascensión de la realidad humana. Es esta misma realidad la que debe ser redimida, es decir, salvada de la muerte: la muerte a la que condenamos a tantos chicos, a tantos viejos, a tantas víctimas de la inseguridad, a tantos adolescentes envejecidos en delincuentes a una edad en la que deberían estar pensando en hacer travesuras. Para revertir esta noche no podemos dejar de entrar en ella, caminarla y asumirla con vocación de amanecer.

Además, un mate de calabaza se sabe estéticamente inacabado, y por eso se deja *retobar*, es decir cubrir con algún material, ya sea cuero, tripa o metal. Reconoce su debilidad. De hecho, es un mate que nace de una herida – la boca –, que lo hace útil y frágil al mismo tiempo, y le deja una impronta. Si no nos mostramos vulnerables ni nos dejamos herir no podemos asumir el amor, porque amar siempre es riesgo. Si uno no está dispuesto a amar hasta dar la vida (cf. *Jn.* 15,12-17) es que no ha comprendido lo esencial del amor. Amar está ligado transfiguradoramente a las heridas.

6. *Una liturgia rioplatense*

Tomar mate es algo tan ordinario, aún para quien no lo hace, que no sería raro que a alguien hasta le pareciera ridículo ponerse a darle demasiadas vueltas al asunto. Difícilmente uno recuerde el día en que comenzó a beberlo. Forma parte de esos rituales incorporados a la vida de la mayoría de los rioplatenses como algo casi instintivo. Sin embargo, nadie duda que guarde un valor ritual, como la ceremonia del té en Inglaterra o en China, o el *fika* en Suecia, por citar algunos ejemplos. Curiosamente, ni su cotidianeidad ni su excesiva simplificación en la actualidad le han hecho perder importancia, sino más bien todo lo contrario.

Una ronda de mate tiene mucho de liturgia, pero con ella no se da esa deserción que se está dando a nivel mundial con las liturgias religiosas. Los motivos son múltiples, desde ya, pero por esbozar uno podríamos decir que en el mate no hay una razón externa a los participantes que convoque o coaccione. El motivo por el cual se lo toma se recrea en cada mateada, más allá de que el matero lo perciba o no. El mate se ha vuelto casi un sacramento diario, al menos tal como lo entiende Boff (1991):

«Cuando alguien nos visita, en el sur de Brasil, ofrecemos inmediatamente una calabaza de mate caliente. Nos sentamos cómodamente al fresco, tomamos de la misma calabaza, y sorbemos por la misma caña. Se toma, no porque se tenga sed o por el gusto del sabor amargo, ni porque éste “hace milagros y libra a la gente de cualquier indigestión.” La acción cobra otro sentido. Es una acción ritual para celebrar el encuentro y saborear la amistad. El centro de atención no está en el mate sino en la persona. El mate desempeña una función sacramental» (p. 12).

Este sacramento tiene una materia (la yerba, el agua) y una forma (el ritual que acompaña a la ronda). Prepararlo tiene una suma de reglas precisas que curiosamente suelen respetarse más por las generaciones jóvenes que por las que no lo son tanto. Existen también “vasos sagrados” (los recipientes) y, cuando hay tiempo y ganas, la mesa se adorna como se adorna un altar. Todos somos celebrantes, y hay un ministro que se llama “cebador”. Él cumple una serie de funciones, todas destinadas al servicio de quienes participan de la ronda – al igual que en una misa –: es el único que puede tomar decisiones acerca de la yerba o del agua, o que puede mover la bombilla, bostear y ensillar, etc. Pero, a diferencia de la misa, el resto de los celebrantes tiene voz y voto, y puede irse (“colgar el mate”, en términos técnicos) cuando quiera.

Lo que no puede negarse es que, como ceremonia, tiene características que le brindan una intimidad mucho más acentuada que la de cualquier otra. Mafud (1965) sostiene al respecto:

«El mate es el puente de comunicación no visible más desesperado que hace el argentino para vincularse con los otros. [...] empalma los espíritus, hacha las distancias, arrima a los hombres. [...] Compárese el mate con el café o el té: cualquiera de estos dos brebajes sirven para un acto individual, no compartido [...] Todo es individual, la dosis es para uno y la taza también. En el mate se comparte todo: desde el fogón hasta la yerba, desde la bombilla hasta la calabaza. Casi todos los órganos del ser comparten esa fundición. La boca succiona el líquido, la mano comparte la calabaza o el mate, el cuerpo percibe el calor [...] Nada hay más íntimo e interior que pasar la bombilla de boca en boca. Es la mayor entrega que hace el hombre a los otros [...] Para el argentino tomar mate, en cierto modo, equivale a un acto de entrega espiritual. Como dar o entregarse en un beso amoroso. En esa actitud de intensidad no tiene cabida la finalidad o prevención calculista» (pp. 177-178).

El mate, como celebración de la intimidad, expresa de forma por demás patente y cotidiana la fraternidad a la que aspiramos, aquella en la que vivía la primera comunidad cristiana: «tenían un mismo corazón y una misma alma» (*Hcb.* 4,32). De hecho, en la vida diaria de muchos se convierte en *culmen y fuente* de donde emana su fuerza (cf. la constitución apostólica *Sacrosanctum Concilium*, 10), parafraseando a los padres conciliares. ¿Culmen y fuente de fuerza para qué?, podríamos preguntarnos. Para vivir, simplemente. Según Berbegall (2001),

«afirmaciones como que la liturgia no agota la actividad de la Iglesia ni la vida espiritual (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 9 y 12), nos hacen pensar en un modo de culto que excede lo litúrgico, al estilo del Nuevo Testamento, siendo el culto litúrgico la expresión de lo que se da y vive en la vida cotidiana y se recapitula y celebra en la liturgia».

La doctrina acerca de la liturgia cristiana sostiene que en ella se recapitula la vida y de allí se obtiene la fuerza – o la Gracia – para continuarla. Es la vida misma lo que está en juego. Desde aquí podemos arriesgar una conclusión provisoria: en este rincón del sur, para todos aquellos que no participan de una celebración religiosa con regularidad – es decir, para la mayoría de los rioplatenses –, el rito del mate es el *kairós* cotidiano por antonomasia, y puede incluso llegar a convertirse en lo más parecido a la fracción del pan que hacían las primeras comunidades cristianas (cf. *Hch.* 2), ya que en torno a ese mate que es también alimento es donde se comparten alegrías y sinsabores, donde se pide consejo, donde se celebra y renueva la fraternidad. Del espíritu profundo de este gesto cotidiano es de donde obtenemos esa fuerza necesaria no ya para transformar el mundo – que es algo que dolorosamente hemos aprendido que nos sobrepasa –, pero sí al menos para protagonizar iniciativas microscópicas que nos hagan más llevadera la noche.

7. *La herida del símbolo*

«Porque soy como los mates:
sirvo si me abren la boca».
(José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*)

Es cierto que «el símbolo revela planos de la realidad que de otra manera quedarían cerrados para nosotros», y en tal sentido es insustituible (Croatto *et al.* 1973, p. 88). Pero si abre esos planos de lo real es, en buena medida, porque el símbolo mismo nace de una apertura, o mejor aún, de una herida. En su acepción originaria, el σύμβολον

«se refiere a la unión de dos cosas. Era una costumbre griega que, al hacer un contrato, se rompiera en dos un objeto cerámico y se llevara cada persona contratante un pedazo. Un reclamo posterior se legitimaba por la reconstrucción (“poner junto”= συμ βαλλο) de la pieza dividida, cuyas dos mitades debían coincidir. La unión de los fragmentos permitía reconocer que la amistad se mantenía intacta» (Croatto 1994 p. 13).

Esta herida originaria, como vimos, se continúa en el mate, en la apertura que lo hace útil y capaz de congregar, la boca. Pero el símbolo también se debe a su herida en su acepción contemporánea, ya que deja pasar a través de ella ese plus de significado que, al decir de Ricœur, “da que pensar”. Si fuera hermético, de hecho, le sería imposible; pero es su herida misma la que le habilita la polisemia, le da su densidad significativa y lo erige como mediador irremplazable para referirnos a lo divino.

El símbolo permite entonces recuperar la unidad perdida. Aquello que estaba fragmentado, dividido, alejado, se une en el símbolo. Al acercar las partes separadas se reconocen y renuevan lazos – de todo tipo – que estaban rotos, y puede fluir el *charis*.

Por el hecho de que en él conviven las dos ideas, la de separación y la de re-unión, conviene aplicarlo a una reflexión sobre lo divino y lo religado, en especial en un continente que sabe tanto de heridas como América.

A partir de aquí se nos abren distintos interrogantes. Si el símbolo tiene su herida, ¿cuál es la nuestra? ¿A qué llaga y a qué quiebre responde el mate como símbolo que es capaz de congregarnos y de dotarnos de identidad, casi al nivel de un sacramento? Sabemos que responder estas preguntas no será tarea fácil, y sobre todo que cualquier conclusión a la que arribemos provisoriamente será, desde ya, *in stato viatoris*; pero en todo caso reconforta saber que, para el camino, siempre tendremos un Amor-Mate que alimentará nuestras búsquedas.

Referencias bibliográficas

- P. BERBEGALL (2001), *Eucaristía: comunión de un cuerpo* (inédito).
- L. BOFF (1991), *Los sacramentos de la vida*, Sal Terrae, Salamanca 1991.
- S. CROATTO (1994), *Fenomenología de las religiones*, Fundación Universidad a Distancia “Hernandarias”, Buenos Aires 1994.
- S. CROATTO *et al.* (1973), *Mito y hermenéutica*, El Escudo, Buenos Aires 1973.
- R. KUSCH (2000ss.), *Obras completas*, Editorial Fundación Ross, Rosario 2000ss.
- J. MAFUD (1965), *Psicología de la viveza criolla*, Americalee, Buenos Aires 1965.
- G. MARCEL (1959), *Présence et immortalité*, Flammarion, Paris 1959.
- I. QUILES (1983), *Antropología Filosófica In-sistencial*, Depalma, Buenos Aires 1983.
- J.C. SCANNONE SJ (1990), *Nuevo punto de partida de la filosofía latinoamericana*, Guadalupe, Buenos Aires 1990.
- A. VILLANUEVA (1978), *El arte de cebar*, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires 1978.